

MARGENES

EL EVARISTO CARRIEGO DE JORGE LUIS BORGES

Libro intencionado si los hay, este de Jorge Luis Borges. Detengo la lectura al llegar al tercer capítulo, para darle espacio a mi admiración. Tiene cancha libre, campo abierto para entregarse a su juego mejor intencional. Le doy espacio, pero la contengo, embretada, en la glosa de prólogo incompleta. Lectura en voz alta, con ataduras de comentario.

Jorge Luis Borges es el primero de los nuevos y no se hará viejo por que su escritura—prosa de primer orden—no se lo permitirá. Vivirá ejercitándose. Se cansará a descansar cuando le dé la gana, pero no podrá dormir sin sueño de zaguanes y portones y bajas azoteas, donde el viento pone banderitas de «burritos del teniente».

La vida de Evaristo Carriego, es el libro del año. Se va por él, como por una calle con cercos cansados de glicinas. Se va por él, como por una calle con veredas de aventuras para los pies, siempre buscando la loza más chata o cuerpeándole a la piedra áspera.

El espacio está hecho y me siento avaro del tiempo perdido o ganado, en la pausa con evocación. Para repetir la impresión, voy a copiar al pie de la letra. Voy a dar un poco de espacio, a la transcripción. Y, después, he de quedarme pronto para seguir por la calle de barrio. Esta, es como una palabrita que quiere ser piropo y que dejo al pasar en un zaguán. En la curiosidad de los lectores, que deben buscar a Borges al volver a casa:

...no es así el Jardín Zoológico que se llamaba entonces las fieras, y que estaba más al norte. Ahora (olor a caramelo y a tigre) ocupa el lugar donde alborotean hace ochenta años los Cuartos de Palermo. Sólo unas calles — Serrano, Cannig, Coronel — estaban ariscamente empedradas, con intervención de trotadoras lisas para las chatas imponentes como un desfile y para las rumbosas victorias. La calle Godoy Cruz la repechaba a los barquinazos del 64, vehículo servicial que se reparte con la poderosa sombra de don Juan Manuel, la fundación de Palermo. La visera ladeada y la corneta milonguera del mayoral, inducían la admiración o las emulaciones del barrio, pero el inspector — dudador profesional de la rectitud — era una institución combatida, y no faltó compadre que se enjaretó el boleto en la bragueta, repitiendo con indignación que si lo querían, no tenían más que sacarlo.

Y volver a la lectura, paso a paso, como caminar después del cine, hacia la casa o al almacén de nuestra predilección.